



El Ateneo de La Laguna fue fundado en 1904, al calor del liberalismo del siglo XIX y del pensamiento krausista que tanto atrajo a los miembros de la Institución Libre de Enseñanza de don Fernando Giner de los Ríos, con sus tesis laicas frente al tomismo reinante; también al calor del racionalismo, la libre discusión y la propuesta de una educación activa e integral frente a la enseñanza memorística al uso. Ideas asimismo defendidas por Gumersindo Azcárate y Nicolás Salmerón en política, y por Leopoldo Alas “Clarín” en el ámbito literario.

Sin embargo, el liberalismo del Ateneo lagunero poco tenía que ver con el liberalismo entendido como doctrina política a secas. El liberalismo ateneístico era primordialmente una conducta, un modo de concebir la convivencia con los demás, el respeto recíproco, el intercambio de opiniones sobre la trastornada realidad de aquellos años de muerte imperial para España y de la débil monarquía de don Alfonso XIII; de apetencias británicas y francesas sobre nuestras islas y de feroz y estéril centralismo combatido en vanguardia por vascos y catalanes.

Ese liberalismo insular iba de la mano de un sentimiento autonomista y de una vocación federal de cuyo diseño se encargaron hombres como Manuel de Ossuna van den Heede, Ramón Gil-Roldán, Benito Pérez-Armas, Luis Rodríguez Figueroa o el gran José Franchy y Roca, invitado en varias ocasiones a la tribuna del Ateneo, después de haber fundado en Gran Canaria



su Partido Republicano Federal Canario y antes de haber desempeñado con fortaleza los cargos de Fiscal General de la República y ministro de Industria y Comercio en el segundo gobierno de Azaña.

El Ateneo de los comienzos fue un verdadero revulsivo de la vida política y cultural, y a trancas y barrancas prosiguió con ese ánimo hasta el final de la monarquía de Alfonso XIII y durante la dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República, la dictadura de Franco, hasta llegar a nuestros días de democracia aún por madurar.

Igualmente invitados por el Ateneo, Tomás Morales y “Alonso Quesada”, tuvieron oportunidad de contrastar su actitud modernista con las cenizas de la Escuela Regional de La Laguna de José Hernández Amador y de Antonio Zerolo, presidentes ambos de dicha sociedad, de José Tabares Bartlet o del mismo Nicolás Estévanez, incluido en esa corriente por don Joaquín Artilles, al que tanto le debemos.

Fueron años de comunicación anímica entre las islas capitalinas y, cómo no, de enfrentamientos y de pleitos a los que la historia nos tiene acostumbrados. Años de vigor autonomista y de duras reclamaciones al gobierno del Estado, de espaldas, no es nuevo el gesto, a los graves momentos económicos sufridos por el archipiélago.

Pero al margen de todas esas circunstancias lejanas, también podemos recordar anécdotas más frescas y ya vividas por nosotros. Entre ellas, la protagonizada por mi buen amigo Juan Carlos Onetti en su primera visita a las islas en 1976 ó 1977, la memoria me falla en ese extremo. Onetti venía a dar una conferencia al Ateneo y a la hora programada se presentó etílicamente indispuerto y absolutamente incapacitado para articular palabra. Actuábamos de escuderos en la mesa Luis Sáinz de Medrano y yo, que sobre la marcha improvisamos unas intervenciones para pasar el mal trago y el silencio del invitado principal. Pero la cosa siguió. Al abrir el coloquio, se levantó un fervoroso lector de Onetti e hizo la primera pregunta al conferenciante que nunca existió, y cuando Luis Sáinz de Medrano y yo nos miramos estupefactos esperando

la respuesta imposible de Onetti, pudimos ver cómo, no sin indisimuladas dificultades, el gran escritor uruguayo se sacaba del bolsillo interior de su negra y lustrosa chaqueta un revólver de juguete y disparaba balas de broma al atónito espectador. Allí acabó la conferencia que nunca fue y desde allí nos encaminamos a una cena en la pensión Soria en homenaje a Onetti a la que, por supuesto, Onetti no acudió.

Otra situación semejante la viví en agosto de 1976 por culpa indirecta de mi gran amigo Alfonso de Armas Ayala. Había llegado a Gran Canaria Darie Novaceanu, escritor y traductor rumano que estaba redactando un libro sobre el archipiélago y al que debíamos ofrecerle algunas conferencias tanto en Las Palmas como en el Instituto de Estudios Hispánicos del Puerto de la Cruz y en el Ateneo, según la sana complicidad cultural de aquellos años.

Era, como ya dije, agosto. Una agradable tarde de agosto. Cuando Novaceanu llegó al Ateneo con Jesús Hernández Acosta, entonces secretario general del Instituto de Estudios Hispánicos, alrededor de las ocho de la tarde, hora prevista para su intervención, no había un alma dispuesta a escucharlo en muchos kilómetros a la redonda. Y tuvimos que inventarlas, según costumbre. Pude cazar al vuelo a algunos viejos directivos y socios del Ateneo, miembros asimismo de una peña lagunera de perras de vino, cuando se disponían a dar cuenta de algunos quesos franceses y patés de oca traídos de París por uno de ellos durante un viaje relámpago. La reunión gastronómica se iba a celebrar en una “lonería” situada en la calle de la Carrera. Les rogué con el corazón en la boca que, al menos por media hora, se olvidaran de las selectas viandas y se transformaran en público para una conferencia de compromiso. Logré convencerlos bajo la promesa de hierro de *media hora y solo media hora* y me vine por fin con ellos en fila india para el salón del Ateneo a oír al rumano.

La conferencia se titulaba nada más y nada menos que “Borges para desconfiados” y duró una hora larga e inconmesurable. En uno de los folios eternos leídos con cierta fluidez por Novaceanu, se aludía metafóricamente a



los distintos relojes de la literatura universal: el de Tolstoi, el de Dostoievski, el de Balzac, el de Víctor Hugo, y cuál no fue mi susto cuando vi que, en esos precisos momentos de la lectura, uno de los tertulianos que yo había arrastrado por la fuerza hasta el Ateneo, levantaba su mano izquierda con estruendo a la vista del conferenciante y le señalaba con generosa ostentación su reloj de pulsera, invitándolo sin pudor ni misericordia a terminar el alegato sobre la eternidad borgeana.

Darie Novaceanu era en ese momento embajador de Rumanía en Madrid y tal vez pueda contar estas cosas mejor que yo. Aquella tarde tuvo la amabilidad de regalarme el texto de su conferencia y cuando ya me vi libre del esfuerzo de anfitrión en apuros, pude comprobar, en lectura reposada y libre de esfuerzos protocolarios, la calidad y el rigor de sus juicios sobre el poeta, ensayista y narrador argentino.

Repasando estos tragos amargos e inolvidables, me he decidido a pensar que el Ateneo sólo ha sido un espejismo cultural durante los cien años que acaba de cumplir.

Felicidades al presidente, el escritor Mariano Vega-Luque, y a todos sus directivos por seguir participando de este aquelarre maravilloso y de una aventura de la que uno no puede desvincularse nunca después de haberla vivido.

JUAN-MANUEL GARCÍA RAMOS
Presidente de Honor del Ateneo de La Laguna